



Arte y Cultura

En el primer aniversario de la muerte de Carlos León A.

Hace un año, su familia, sus amigos, Playa Ancha y Valparaíso, el norte y el sur, pero sobre todo el norte, Chile entero a fin de cuentas, lamentaron con profundo dolor la muerte del escritor y profesor Carlos León Alvarado.

Carlos León vivió casi toda su vida en Playa Ancha, el cerro donde termina Valparaíso, o donde comienza, y en ese mismo cerro yace hoy, bajo un ciprés intensamente verde oscuro, en la tierra de su viejo y aéreo cementerio.

Playa Ancha es también el último de los cerros de Valparaíso en recibir la luz y el calor del sol naciente de cada mañana, pero, a la vez, es el último de los que, al atardecer, queda de cara al sol poniente, que cae sobre el mar justo al lado suyo y casi detrás suyo. Por lo mismo, los habitantes de este cerro han tenido siempre una mejor posición para divisar —según la historia narrada por Eric Romer en una de sus más bellas películas—, siempre han tenido una mejor posición —decía— para divisar ese destello verde que el sol despediría, ya agónico, en las tardes completamente azules y libres de niebla, al momento mismo de acabar de sumergirse en el mar, y cuya visión —se dice— augura felicidad para quien consigue atrapar con su mirada ese rayo verde y fugaz.

¿Habría visto Carlos León alguna vez, desde Playa Ancha, el rayo verde del sol poniente en el verano?

Tal vez no. La verdad es que probablemente nadie lo haya visto jamás y que la historia contada por el cine no sea más que eso: una historia. Sin embargo, ¿quién podrá impedir que muchos sigan mirando por las tardes hacia el sol poniente en busca del rayo verde que anuncia la felicidad?

Carlos León murió el 19 de septiembre de 1988. El 19 de septiembre, o sea, en esas horas, o días, que marcan a la vez el término del invierno y el inicio de la primavera. Murió en esas horas de nadie, parecidas al breve instante de silencio total que se produce —según los campesinos— a la exacta conclusión de la noche y justo al inicio del alba, y en el que los animales nocturnos han dejado ya de emitir todo sonido, mientras que los seres del nuevo día no se deciden todavía a hacer los suyos.

Confiado ahora a la nada frágil custodia del recuerdo, Carlos León ha continuado y continuará entre nosotros, entre otras cosas para alertarnos acerca de algunos valores de la vida intelectual y universitaria: libertad de espíritu, maneras limpias, austeridad y moderación.

En sus clases —dichas en voz muy baja, en tono coloquial y despojadas de énfasis y afectaciones— Carlos León ejerció implacablemente, aunque siempre con humor, el derecho a llevar a cabo un examen de la realidad libre de prejuicios e intereses. Su libertad y ánimo crítico —que en verdad son la misma cosa—, le impedían sumarse a los que todo lo aplauden, pero también a los que a todo se resignan. No contaba ni se contaba historias acerca del derecho, pero valoraba la función pacificadora de éste. Su palabra, en fin, que era casi una cirugía, tenía, como ésta, los componentes del dolor y del alivio.

Entre los dichos y opiniones de Carlos León que hoy circulan en libros, revistas y artículos de homenaje a su memoria, hay una que me gustaría destacar a continuación: "Me atrevería a decir —expresó una vez don Carlos— que en cada ser humano hay un héroe. Y, desde luego, todos los



CARLOS LEÓN ALVARADO. — Hace exactamente un año dejó de existir el escritor, abogado y profesor universitario Carlos León Alvarado, "el hombre de Playa Ancha", según el decir de Manuel Rojas.

héroes están condenados. Pienso que lo más heroico de todo ser humano es la muerte, sometidos, como estamos todos, a esta suprema e ineludible aventura".

¿No sugieren esas reflexiones de Carlos León —me pregunto— el carácter igualmente trágico que Heidegger vio en la existencia humana, y que consiste en que el hombre, lanzado y caído en el mundo, no puede menos que quedar atrapado en la angustia que le provoca el mero hecho de existir?

He ahí, nos parece, toda una revelación: la vida humana es siempre heroica; por tanto, sagrada.

Pero don Carlos no sólo sabía decir cosas así, hincadas, profundas, pero que ensombrecen algo el espíritu. También sabía reír y hacer reír. Como cuando en una entrevista denunciaba como una de las grandes injusticias de nuestro tiempo la gran popularidad de que disfrutaban los futbolistas, que sólo saben utilizar los pies, para lo cual, sin embargo, él no veía otro remedio que estimular el box...

Un libro del Antiguo Testamento, con un inesperado toque de escepticismo, declara que los deudos de los difuntos harán su duelo de un día o dos y se consolarán luego dando fin a su tristeza. Pero nada de eso, a decir verdad, parece haber ocurrido al cabo de un año de la muerte de Carlos León: ni la llegada del consuelo ni el fin de la tristeza. No queda en consecuencia sino continuar esperando a que estos dos bienes que el corazón atribulado de los hombres busca siempre afanosamente, lleguen algún día hasta él, aunque tal vez la condición humana pudiera verse en cierto modo empobrecida en el reino de un total consuelo y de una total felicidad.

Agustín Squella

En el primer aniversario de la muerte de Carlos León A. [artículo] Agustín Squella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Squella, Agustín, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el primer aniversario de la muerte de Carlos León A. [artículo] Agustín Squella. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile